

ECO DE ORIENTE

Bisemanario - Sale los jueves y domingos

Número suelto	\$ 0,03
Atrasado	0,05
Serie de 10 Nros.	0,30
Suscripción anual	1,50
id por trimestre	0,50

Director: Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador: Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

"ECORIENTE"

AÑO II

Villavicencio, Julio 22 de 1917—Número 10

SERIE 9*

Levantemos dos monumentos

Hay en el Sur de Colombia un pueblo cuyo nombre ocupa siempre la atención de los alumnos de nuestras escuelas, despierta la curiosidad de los viajeros, preocupa a los historiadores y produce hondo pesar a los patriotas.

Cuando aún no se habla iniciada su formación, los pasajeros distinguieron con el nombre de "La Venta" ese lugar de obligado alojamiento, rodeado de profundas simas y de montes extensísimos.

"La Unión" se denomina hoy ese importante pueblo, el primero que se encuentra en el Departamento de Nariño, al otro lado del río Mayo, que, hacia el sur, fecundiza y hermosea esa región poblada ya por gentes que procuran enoblecirla con el trabajo, el patriotismo, y la virtud; a la derecha del río, guarida legendaria de los Erazos y los Sarriatas, todo es estéril, pedregoso y triste.

Allí experimenta simultáneamente el alma del viajero las sensaciones más intensas y contrarias, ya fije su vista en la naturaleza, ya su memoria en los recuerdos que despiertan esas téticas montañas.

En aquellos sitios forman extraño contraste la tierra y el cielo.

Al lado de la abundancia, la esterilidad; aquí el poblado y hacia el Oriente las grandes soledades; aquí la virtud, allá el delito; aquí el placer y allá el terror.

Si se alza la frente en una tarde serena se descubre un horizonte que deleita el espíritu y lo mantiene absorto, por su belleza extraordinaria. Más al bajarla, tropieza

la vista con las más elevadas montañas y las más profundas y rugosas sinuosidades de la tierra.

Y a la belleza del horizonte sucede a veces un cielo huracanado y tempestuoso, imponente y terrorífico, y a nadie sorprende que se conmueva la tierra con el fuego que alimenta en su interior, que haga explosión en los altos cerros y arroje a muchísima distancia lava y ceniza que causan grandes estragos. Y así como la naturaleza, con sus tempestades y furores, mantiene en ocasiones las comarcas vecinas en constante alarma, tal solía también acontecer con sus terribles moradores que sobrepujaban en destreza y ferocidad a las mismas fieras que con ellos habitan la región.

Y allí, a pocas cuadras de "La Venta", fue asesinado de la manera más cobarde y aleposa, el 4 de junio de 1830, el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, cuyo nombre es pronunciado con orgullo verdadero por todos los hombres libres de nuestro Continente. Sucre, al salir esa mañana de "La Venta," donde pasó su última noche, fue despedido "cordialmente" por quienes acababan de poner en acecho los asesinos que, minutos después, habrían de acabar con su preciosa existencia. Esa existencia tan necesaria aún para el afianzamiento de las libertades a cuya conquista su brazo, su nobleza y su poderoso genio, contribuyeron de manera tan eficaz en beneficio de la América.

Mas, cosa extraña e increíble, dada la generosidad y el patriotismo de los colombianos, ninguna autoridad ni personas particulares se preocuparon nunca por señalar el punto preciso donde cayera el Mariscal.

Nosotros en el camino de nuestros destierros, en 1906, al pasar por ese sitio, preguntamos a varios labradores, vecinos, y algunos de

ellos nos acompañaron, y al principiar una pequeña subida, diez cuadras, más o menos, adelante del poblado, indicándonos la orilla derecha del camino, "allí es" nos dijeron, y no pudimos dejar de sentir cierta humillación al considerar por una parte de cuánto es capaz entre nosotros la fiera humana, ignorante y cruel, y por la otra, hasta dónde nuestra desidia ha podido llegar en asuntos de semejante trascendencia.

Adelantando un poco se halla hacia la derecha al camino de Berreucos, que paulatinamente va ascendiendo por ese, la más alta cordillera, y allá en la cumbre se divisa una cruz de madera tosca, que el patriótico sentimiento de las gentes que moran en los contornos, conserva y adorna de año en año con flores y laurel: esa cruz marca el punto preciso en que cayó Arboleda mortalmente herido por los asesinos apostados entre la maleza que cubría la parte opuesta del camino: Arboleda, ese poeta soldado cuya espada iluminó a sus enemigos cobardes el pensamiento de ultimarlos de semejante manera!

Ya él había manifestado el sentimiento de que su vida habría de terminar de la misma trágica manera como acabó la del Mariscal Sucre.

La vida de Arboleda marcó una época especial en nuestra historia: la Patria fue su objetivo, y la justicia y el derecho indicaron a sus facultades el radio en que debían desarrollarse en servicio de la libertad que informe la verdadera República, como lo dice la siguiente estrofa:

"Patria, por ti sacrificarse deben—Bienes y fama, y gloria y dicha y padre,—Todo, aun los hijos, la mujer, la madre—Y cuanto Dios en su bondad nos dé."

Muy justo sería que al festejarse el centenario de Arboleda se